

Belleza

Rejisa Jiménez

BELLEZA

Mamá dice que no le hablo y lo pregona por doquier. Todo aquello que sirva para despertar en los demás un ánimo protector ante las injusticias que padece de todos los que la rodeamos y somos malos con ella, lo pregona con gran ahínco doliente. Papá viene y viene al negocio y me pregunta: “¿Ya le hablaste a tu madre?” Le respondo que no. La verdad es que no le he hablado, tampoco ella ha venido a verme ni vendrá. Ya ni recuerdo qué pasó la última vez que vino y que las dos terminamos enojadas. Lo que sé es que tampoco quiero ir a buscarla. Ya no.

“Las dos son orgullosas”, me dice papá esperando de mí una respuesta que no le doy. Sólo lo miro y pienso que, desde hace muchos muchos años, cuando se enoja y no la busco, no es por orgullo, es desinterés, prefiero no verla, ya no tengo ganas de seguir siendo infeliz.



“Pareciera que la tierra es el infierno de otro planeta”, leí algo así en un examen al principio de mi carrera. Abajo del párrafo decía *Un mundo feliz*, Aldous Huxley. Había que analizar el texto para la materia de Lógica. Lo analicé muchísimo. Se me fue completo el tiempo del examen, pero todo adquirió sentido. Siempre fue así: un infierno, y a pesar de estar viviéndolo, no me había dado cuenta. Todos tenemos un infierno propio, venimos a pagar aquí lo que hicimos en otro planeta, en otra vida, en otra dimensión, en otro algo. Yo había estado todo este tiempo en el infierno sin

saberlo. Cada día de mi vida, casi desde que recuerdo, he tenido un miedo pavoroso, angustia permanente, dolor y gran culpa. Como en el infierno.

Por lo menos recuerdo que de niña tenía sueños bonitos de vez en cuando. Hace mucho, mucho, mucho tiempo que no sueño nada agradable. Invariablemente, cuando despierto, sé que tuve una pesadilla. La noche, aun despierta, me da miedo. Me acuesto sólo a pensar y pensar. Lo que pienso siempre es malo. Estoy completamente segura de que al despertar me enteraré de que algo horrible pasó y que ahí acabó todo, que sigue la cárcel por muchos años; que luego mi hermano se meta en problemas y manda a gente mala a torturarme de las peores maneras; que llegaré al negocio y estará todo quemado porque algo apagué mal, hubo corto y no quedó nada, que me entero de que moriré con mucho dolor físico por alguna enfermedad, como el cáncer...

Pienso eso y mucho más. Durante el día sobrevivo, tengo miedo y culpa siempre. Miedo y culpa porque comí demasiado, porque escogí mercancía fea que no se va a vender, porque me veo horrible y fodonga, porque Alberto saluda muy afectuoso a las mujeres guapas, miedo y culpa por seguir viva. Cada momento, sin excusa ni pretexto, la vida es “sobrevivir”.

Desde niña, en esos pensamientos nocturnos me repetía: “Ojalá ya me muera, ojalá ya me muera, ojalá ya me muera”. Mi abuela rezaba siempre, a las doce del día, algo que al final decía: “Porque cuando mis días se terminen, mil veces pronunciaré tu nombre: Jesús, Jesús, Jesús...”, y así lo repetía más de mil veces. Yo hacía lo mismo que ella, pero para mis adentros decía: “Ojalá ya me muera, ojalá ya me muera, ojalá ya me muera...” “Pareciera que la tierra es el infierno de otro planeta”... Hasta ese momento lo entendí.

Soy nerviosa, ansiosa, miedosa, fatalista. Invariablemente tengo miedo. Algunas veces es más paralizante que otras. Pienso siempre de dónde me viene... Me he ido lo más atrás que pude, pienso que

absorbí el miedo en el vientre. Mamá cuenta que cuando estaba embarazada de mí, lo sufrió y padeció como ninguna otra cosa en la vida hasta ese momento. Antes de mí, el 31 de enero del 84 nació mi hermanito, quien murió a los dos meses. Mamá creía que yo también me iba a morir o que nacería con alguna malformación en el corazón; me soñaba deforme, enferma, muerta. Pocas noches de su embarazo durmió. Siempre estaba cansada, asustada y con miedo. Acostada, pensaba angustiada que yo vendría enferma; me soñaba sin bracitos o piernitas, con la cabeza deforme por hidrocefalia; me veía saliendo de ella monstruosa. Todo su embarazo fue una tortura.

Cuando mamá entró a la universidad, había tomado Tenuate Dospan. Siempre lo repetía como una hazaña, junto con el logro: haber pasado sin probar alimento cuarenta días exactamente, gracias a ese medicamento que le quitaba el hambre. Rompió el ayuno a los cuarenta y un días con una manzana, de la que describe muy gráficamente, con la mano en el cuello, cómo sintió que le iba abriendo todo su ser hasta caer en su estómago. Era delgadísima, dice. Se le salían “las pistolas” de la cadera, cuenta. Así, delgadísima, se embarazó de mi primer hermanito, y por eso se casó a los veinte años. Todo lo dicen las fotos de la boda: ella enojada, con la boca torcida (como lo hace su mamá también cuando está de malas), siempre viendo a otro lado menos a la cámara. Mi padre, en todas, está sonriente, feliz.

Mamá siempre gorda. Ahora delgada, pero embarazada. Con miedo a engordar otra vez. Sólo una vez en la vida la oí decir, llorando: “A lo mejor, como no comía por no engordar, o por el medicamento, no lo sé, a tu hermanito no se le formó bien el corazón y por eso murió”. Guardaba una T de maderita, forrada de vendas entre los trapos viejos. Decía que ahí amarraron el bracito de mi hermano para canalizarlo cuando intentaron operarlo del corazoncito a los dos meses de nacido. Mamá se entristecía y lloraba a veces por su hijo mientras sostenía esa pequeña T de

madera. Yo nací el 31 de enero del 85, justo, ni más ni menos, al año de nacido mi hermano mayor, los dos a las siete, pero él de la mañana y yo de la noche.

En su embarazo de mí, comió muchísimo, dice; tal vez para compensar lo que no comió en el primero. Me parió. Quedó gorda. He pensado que tal vez ahí está el origen de todo. Si es así, ahí está el origen de este texto.

Como siempre creyó que nacería mal, durante su embarazo soñó que tendría un monstruo. Ni siquiera cuando me entregaron a ella, completita y calificada muy bien por el pediatra, pudo descansar. A mi hermanito también se lo entregaron bien y “normal”, pero al amamantarlo, se sofocaba cada vez más. Cuando regresó al hospital con él en brazos, le dijeron lo de su corazoncito. Mi abuelo lo llevó a Cardiología en el Distrito Federal. Lo operaron. Mi hermano murió.

Con mucho miedo, mi mamá me metía el pezón. Yo comía bien, pero en la imaginación de mi mamá estaba que, de pronto, yo también comenzaría a asfixiarme, o que en algún momento me brotaría otra gravísima enfermedad. Se la vivía buscándome padecimientos y esperando la tragedia, pegada al pediatra, que le decía con desesperación que yo estaba sana, que no tenía nada. A veces, ya ni la quería atender.

A mis veintiocho años, y siempre, he pensado que estoy enferma de algo. Sentía cáncer en la matriz, quistes en los ovarios, infecciones terribles en la vagina. Me dio tranquilidad momentánea un pánico, pero he sentido dolores en el abdomen, pienso en el hígado, en piedras en la vesícula, en el colon... en todo. Siempre supe, con total seguridad, que tendría parálisis facial en algún momento de mi vida. La tuve hace año y medio. Cuando vi mi cara deformada, me sentí confirmada. Ya lo sabía, siempre lo supe: iba a tener parálisis facial y ahí estaba.

Desde niña soy estreñida. Mamá cuenta que a los días de nacida me tuvo que dar unas onzas de jugo de naranja, porque por

nada del mundo defecaba. Lo poco o mucho que tengo, lo quiero retener. Ahora, de adulta, en varias ocasiones he estado hasta cinco días sin ir al baño. Tengo miedo, mucho miedo. Pienso en cantidades enormes de popó en mi recto, pienso en cáncer de colon.

Mi supuesta infección vaginal está ahí sin estar, está pese al pánico, está de la misma forma en la que escucho a mi madre sin que ella esté presente. La escucho cuando me miro al espejo, cuando me baño y agacho la mirada y miro mi entrepierna oscurecida: “Eso es de pinches viejas puercas, gordas y celulíticas, con infecciones y flujo amarillo porque se meten con cualquiera”, me gritaba mamá cuando, en mi niñez, se dio cuenta al bañarme de que se me empezaba a oscurecer la entrepierna.

Ahora me miro en el espejo la entrepierna oscurecida y me veo vieja, gorda, asquerosa y celulítica. Debo tener una perrísima infección vaginal que no detectó ese pánico. Debo oler horrible, me he de estar pudriendo por dentro.

De niña jamás quise volver a bañarme con ella después de esos episodios. La siguiente vez que me bañé, metí una piedra pómez que estaba en el fregadero; me tallé y me tallé, me tiré el pellejo negro, lo de menos era el dolor y la sangre. Lo grave fue que el pellejo salió más negro. Me daba muchísima pena que me viera desnuda. Me daba pena su mirada morbosa y obscena sobre mi desnudez. Se detenía a ratos en mis lonjas, en mis cachetes, en mi entrepierna negra... en mi pechito derecho: “Lo tienes colgadito y más chiquito, te salió deforme”, decía una y otra vez. Lo decía cuando me ponía blusitas que dejaban ver mi defecto, lo decía mientras me vestía, o si entraba al baño cuando me bañaba, lo decía siempre que podía.

“No tienes nada de nalgas, sí que estás bien jodida: desnalgada, panzona y de pata flaca. Saliste a tu pinche abuela, a la madre de tu padre. Igual de feas, adefesios, deformes.”

Me daba pena cuando me miraba el estómago: “Ya tienes una panzota de señora de mercado, se te va a empezar a colgar”.

Muy pronto, dejé de bañarme durante una semana o más, hasta que hubiera oportunidad de bañarme a solas. Hasta que me armara de valor. Me bañaba con los ojos cerrados para no verme yo misma. Tenía mucha pena de mí, mucho asco y vergüenza. Me untaba jabón y bajaba la mirada con los ojos cerrados. No quería mirarme. Tenía muchos colgajos y deformidades. Hasta mi sombra sobre el azulejo del baño se veía redondota, gordota, deforme.

Escucho a mi mamá siempre. La escucho cuando Alberto me abraza por la espalda, en el negocio. Me abraza detrás del mostrador para que no me dé cuenta de cómo les mira las piernas a las chavas que entran en *short*, las pompas, la cintura, los pechos... Miro la escena en el reflejo de los vidrios de las vitrinas y oigo fuerte y claro a mi mamá: “Eres una botija –comenzaba el rezo–, pareces ídolo tlaxcalteca o oaxaqueño, eres igualita a tu pinche padre, tienes un asqueroso cuerpo de tinaco, estás toda deforme, pareces hombre gordo, feo; estás bien cachetona, tu cabeza parece un balón redondo, estás prieta brillante”. La escucho fuerte y claro. La escucho cuando alguien habla de Chespirito y me da mucho miedo. Cuando veíamos el programa, vivía angustiada de que apareciera en escena *el Botija*... “Mira, ahí estás, tú eres la botija.”

De niña, a veces, me le hincaba cuando comenzaba a decirme todo aquello. Sabía que sería largo, así que me le metía entre las piernas para que, entre su falda, no pudiera ver mi fealdad y ya no me dijera más. Mientras me escondía y lloraba, le suplicaba que me perdonara, que le juraba por Diosito que no quería ser tan fea; que yo quería ser bonita como ella; que me perdonara, que por favorcito me pegara mucho si quería, pero que no quería ser así. A veces funcionaba y me decía: “Bueno, ya, ya, vente” y me abrazaba como si abrazara algo que no le pertenecía. A veces, sólo dejaba de gritarme y se iba para dejarme escondida llorando. Yo me pegaba en la cabeza contra la pared, me mordía los brazos, me pellizcaba, me mordía la lengua o la mejilla interior hasta

sangrarme. El dolor tan fuerte del cuerpo le anesthesiaba el dolor de vivir a la niña de cinco años. Por momentos ya no pensaba en mi fealdad, todo mi ser se concentraba en mi dolor físico y me iba tranquilizando.



Alberto y yo entramos a la sala de mis abuelos. Hay una foto grandota donde estamos los tres nietos de ese entonces. Yo tendría unos siete años. Alberto dice que no me ve gorda ahí. En la foto estoy de pie, detrás de dos bebés. Tampoco me miro tan gorda ni tan fea ni tan deforme ni tan asquerosa. Me miro morenita, chinita, con mi vestido azul de florecitas rosas, con mi carita triste. Me veo muy triste. Pienso en el porqué mi mamá es así, pero no se me ocurre nada.

En mi negocio entran todos los días madres con sus hijas. Las asesoran, les buscan accesorios y maquillaje adecuados. Jamás fue mi caso. Yo escondía lo que me compraba, siempre era ridículo, feo, se me veía muy corrientito, mis perfumes olían a desodorante de baño, los colores me hacían ver más prieta, la ropa me apretaba, todo era horrible. Pedía perdón por mi fealdad, suplicaba con pena que me perdonara. Tiraba, rompía, me deshacía de todo eso que había comprado y me hacía ver peor.

Todo cambia. Ahora que Alberto me repite los discursos de mi madre mientras me abraza para mirar tranquilo la belleza de las que entran al negocio, decido que lo voy a castigar. Ya no voy a pedir perdón por ser fea. Ahora castigaré. Me visto todos los días con sus pantalones grandes de hombre, asumo mi fealdad con todas sus letras y todo su esplendor y placer. Me pongo a diario blusas des-pintadas, guangas, viejas y feas. Me pongo tenis y engordo mucho, mucho, cada vez más. Como hasta que me duele la cabeza, hasta que me falta el aire; como hasta que me duele la boca del estómago, hasta que mi cuerpo se siente cansado. Me crecen los

cachetes. Con el cabello más corto que el de él, me miro de perfil en el espejo y sí parezco hombre, y uno muy feo. Disfruto en las noches cuando quiere tocarme y siente mi panzota enorme, flácida y en pleno crecimiento. Me vengo de él. Lo condeno a vivir y a dormir con este asco. Lo castigo, me castigo.



Cuando niña, mi ropa tampoco era muy bonita. Me envolvía en camisetas grandototas, blancas, delgadas, con un enorme oso al frente o letras en inglés de una pasta como inflada que se caía muy fácilmente al lavarla. Caminaba con pantalones apretadísimos que me botaban mi enorme lonja. La ropa bonita no era para mí. Cuando la veía en alguna tienda al acompañar a mi mamá al mercado, ella me recordaba, fuerte y claro, que en mí no lucía esa ropa, que por gorda no me quedaba, y por prieta tampoco.

“Cuando adelgaces, te voy a comprar ropa y cosas, pero ahorita nada. ¿No te gustaría ser como esas niñas delgaditas y bonitas a las que todo se les ve bien? Ponte a dieta, adelgaza”, me repetía siempre.

Con ánimo morbosos, sabiendo que no me compraría nada, a veces entraba al probador con esa ropa bonita. Me la metía a la fuerza, pero no quería salir, se me llenaba el estomago de agujas. Todo, menos salir. Cuando entraba por mí, me decía con desprecio: “Quítatelo, ni te cierra”, “quítatelo, se te ve horrible”. Me daba muchísima pena. Quería que todo el día y la vida misma se acabara, que nadie me viera, que nada existiera; quería pegarme otra vez contra la pared, morderme, algo... Comenzaba a repetir: “Ojalá alguien me mate, ojalá alguien me mate, ojalá ya me muera, ojalá ya me muera”. Me repetía y me repetía hasta regresar a la casa.

Quería esconderme. Esconderme para siempre. Cuando un día le conté todo a Ernesto, él me dijo: “¿Y qué vas a hacer ahora de

grande? ¿Comprarte una cabaña en una montaña y esconderte para siempre por fea? Eso hubiera querido siempre.

Lo que seguía era lo mismo de siempre al regresar a la casa, esa casa fea que siempre olía a pañales, con popó del hermanito que me siguió. Una casa negra, oscura, llena de trastes sucios, con todo amontonado, con humedades, camas destendidas, mal olor y fea en todo sentido. Invariablemente, siempre pasaba lo mismo: al llegar, mi mamá buscaba entre los trapos viejos del ropero, y sacaba una blusita rosa muy bonita, con cintillos para marcar la cintura y de botoncitos muy pequeñitos... “Póntela”, me la ofrecía sabiendo que no me quedaría. Yo me la ponía con toda la pena que podía caberme en el cuerpo. Me desnudaba de la cintura para arriba; con mis lonjas y mis colgajos al aire, me daba la blusa. No me cerraba, ya lo sabía ella, lo sabía yo desde antes. Los botoncitos chiquitos y sus ojales quedaban lejos uno de otro como mis dos pezones, a esa misma altura. Ella gritaba la imposibilidad de lo que veía. Esa blusa le quedaba en la universidad, me aclaraba. Cuando estuvo tomando el medicamento que le quitaba el hambre, esa blusa le quedaba. Yo lloraba semidesnuda, tapándome lo más posible con mis manos toda la piel que no me tapaba la blusita rosa. A ella le quedaba hasta guanga, decía. Yo intentaba estúpidamente jalar la blusa un poco para que, por lo menos, un botón me cerrara. Mientras, ella buscaba otras blusas o pantalones para pasármelos y que me los midiera con los mismos resultados. Cuando todo terminaba, se iba, me dejaba llorando, otra vez escondida, con toda mi pena.

Me llevó al mercado varias veces, y varias veces sucedió lo de la blusita rosa que seguramente aún guarda. De camino al mercado, había una farmacia, y en ella, una báscula. Me subió y pesé cuarenta kilos. Yo, contentísima, le dije: “¡Cuarenta kilos!” Justo ese día por la mañana, había escuchado en la televisión el caso de una modelo: la criticaban por delgada, pesaba cuarenta y dos kilos. ¡Yo pesaba cuarenta! Miró mi alegría y me aclaró: “Sí, pero

ella es modelo, mide como 1.70 y es adulta. Tú eres una niña y no eres modelo”.



Cuando tenía catorce años, un día me decidí: sería bonita y delgada. Mi mamá me compraría mucha ropa. Sería como las niñas güeritas y flaquititas de mi escuela que veía con tanta envidia esperando que yo fuera como ellas. Durante dos años y medio comí sólo fruta. Nada más que fruta. Me puse a dieta por primera vez. Todo el tiempo le pedía dinero a mi papá para fruta. Compraba toda la fruta que pudiera cargar del mercado a la casa. Me podía comer de un sentón kilo y medio de mangos con tal de estar llena, o medio kilo de zanahoria y un pedazo enorme de sandía, lo que fuera, pero no comería nada más que fruta. Después de dos años y medio, todo terminó en reflujo gástrico y en talla veintiocho. Mamá no me compró nada, ni un calzón bonito.

Para mantener el peso, entré a jugar basquetbol. Lo dejé porque ella dijo que se me deformarían los dedos y parecería artrítica. Entré a natación, ella me llevaba, pero al cabo de un tiempo dijo que me pondría más deforme, sería como un hombre: espaldona, hombruda, brazona y con menos nalgas y pechos que ahora, pero con mi panzota. Lo dejé todo. Engordé. Cada día me miraba más y más gorda. Ya no me dejaban comer fruta. Salió caro mi reflujo.

No había solución para no engordar. Bueno, sí la hubo: compré una caja de Avapena en la farmacia. Ya la había tomado varias veces antes. De repente me salían unas ronchas enormes, rojas, del tamaño de la mitad de mi muslo o de casi todo mi estómago. Las ronchas tenían el contorno de un rojo violeta. Después de muchos episodios, un médico dijo que era una dermatitis atópica, muy probablemente por nervios o ansiedad. En casa me daban una pastillita de Avapena que solía ser suficiente para mis ronchas; cuando

no lo era, me daban dos. Un día, dos no bastaron y me la pusieron intravenosa, además de las dos pastillas anteriores. Mamá dijo que si no me hacía, me llevaría al doctor porque ya era mucha medicina y eso envenenaba la sangre y me podía morir. Por eso me compré la Avapena, porque envenenaba la sangre y me podía morir.

Me miré al espejo: había ganado todo el peso perdido con la fruta y estaba gordísima. Más gorda que nunca. No encontré en ningún lado Tenuate Dospan, lo quería para volver a bajar. A ella le funcionó, a mí también me funcionaría. No comería durante cuarenta días, como ella. Cuando lo pedía en las farmacias, me decían que ya no había de eso y que, en todo caso, fue un medicamento controlado, y me miraban feo. Compré entonces una caja de Avapena, ésa sí me la dieron. Saqué todos los chochitos blancos. Los miré en mi puño, me los eché a la boca de un jalón, igual que un trago de agua. Pensé que la única razón para suicidarme era por ser gorda y fea. Al instante me dio miedo quedar viva y con muchas complicaciones físicas o imposibilidades. Corrí a escupir todo al baño.

Años después, lo que he encontrado es inanición por días, vómito, sobreejercicio, fajas, purgas, sibutramina, Orlistat, Metformina, Carnitina, etcétera. Solo o casi siempre combinado. Temo por mis riñones, mi hígado, por mí. Hace seis meses no menstrúo. Me ha pasado varias veces en la vida.

Le pregunto seguido a Alberto, ¿por qué mi madre no me quería? Yo hubiera tomado como cabalístico, mágico, que sé yo, que hubiera nacido el mismo día, exactamente un año después, que su hijito fallecido. ¿Una segunda oportunidad?, ¿un volver a empezar, un poder hacerlo bien? No sé, pienso que muchos de los defectos que veía en ella, los proyectaba en mí para tener cómo descargar su ira sin autodestruirse. Lo único que no encontró en mí es el ojito desviado que ella tiene, pero me lo hizo pagar en mis pompas, en mis cachetes, en mi panza, en mi no cintura. La baja

estatura también me la remarcaba, hasta que empecé a crecer y a bajar la mirada al verla a la cara. Entonces comenzó a decir: “¡vaya!, por lo menos no te quedaste tan enana”, pero enseguida comentaba que sus amigos de la universidad le decían que a los hombres les gustaban las mujeres como ella: “Buenas, bonitas, y bajitas”, no grandotas. De todas formas, no crecí mucho. Soy una mujer promedio.

No sé por qué, pero sé que no me quiere, que no me quería, que me quiere a ratos (¿se arrepiente a ratos?), como en mi último cumpleaños, cuando compró tostadas y las llevó a la casa. Alberto me preparó una fiesta sorpresa. (Tampoco sé por qué él jamás quiso casarse conmigo, aunque se lo pregunté un Año Nuevo, llorando. No me respondió.) A ese cumpleaños, mamá llegó con tostadas, arroz con leche y una imagen de una negrita en caricatura con un paliacate rojo, muy tierna. La pegó en una pared, dijo que yo era la negrita cucurumbé, que siempre me decía así de chiquita con cariño. Yo recuerdo otra cosa: ella me decía negra, negra de prietud, negra brillante; que tenía mi cuello negro, como de vieja puerca, porque —decía— no me lo lavaba. Yo era negra fea, ni siquiera negra mate o parejita (que era el que se veía bonito, según ella), ni siquiera negra como ella, que era apiñonada clara (qué bonito suena “apiñonada”). No, yo era negra. Y ahora decía que me llamaba cariñosamente “negrita cucurumbé”.

Yo lo recuerdo todo, mamá. Y muy bien. Recuerdo que jamás, jamás, llevé un solo *lunch* a la escuela, que nunca te paraste temprano para llevarme, que casi siempre desayunábamos los tamales que mi papá llevaba, que ibas a mis juntas y te arreglabas muchísimo, pero que lo de menos era mi boleta, lo importante era criticar a las demás señoras, las llamabas gordas panzas volteadas, fodongas, feas, viejas, corrientes.

No me querías, porque a diario me mandabas por algo a la tienda de la vuelta. Ésa que, cuando la trabajadora social de mi secundaria nos visitó, dijo que no sabía que vivíamos al lado de

una cantina. A esa tienda me mandabas, mamá. Disfrazaban la cantina con poquísimas cosas de una tienda, pero los borrachos estaban siempre abarrotándola, sentados en cajas o en el suelo. Ahí me mandabas casi todos los días.

No me quieres porque no me cuidabas, no te preocupabas. No me quieres porque decías: “Si te tardas, voy por ti. No te tardes porque me espanto, no sea que te hagan algo los borrachos”. Esperarías a que me tardara para ir por mí, esperarías a que fuera tarde.

No me quieres porque te gustaba torturarme. ¿Te acuerdas cuando me dijiste lo de la catarina? Bajaste la ropa tendida de mi abuela y la metiste a su casa. Yo había encontrado en la ropa una catarina, la bajé en mi mano. Te avisé, adentro de la casa, que la había perdido. Comenzaste a gritar, dijiste que esa catarina ya se había escondido, que pondría huevos y las catarinas que salieran pondrían más huevos, y cuando entrara mi abuela al llegar del negocio, saldrían millones de catarinas por la puerta, que dejarían popó y huevos por todas partes, que mi abuela se enojaría, que por eso ya no te iba a hablar, que todo sería mi culpa.

¿Te acuerdas de los cuarenta grados de mi hermano?, ¿te acuerdas de qué se enfermó? Lo llevaste al doctor y me quedé sola en casa. Llegó el jefe de mi papá a buscarlo. Le dije que mi hermano tenía como cuarenta y cinco grados de temperatura, que estaba muy enfermo, que yo estaba sola. El jefe se fue. Llegaste tú, te conté. Me dijiste: “Maldita, desgraciada mona –mientras me pegabas en la cabeza–. Le echaste la sal a tu hermano. Si algo malo le pasa, todo será tu culpa, por desgraciada, mentirosa, chismosa, exagerada, gorda y fea.

¿Te acuerdas de que, sin ningún empacho, dos veces me mandaste con el hermano de mi papá para que me cuidara porque tú y mi papá se estaban golpeando? Tú sostenías la plancha, que amenazaba la cabeza de mi papá, yo les suplicaba a los dos que ya no se pegaran más, por favor. En eso, llegó el hermano de mi papá, entró y sólo le dijiste: “Llévate a la niña”. Me mandaste con él,

no porque quisieras evitarme el trago amargo que me daban casi a diario, ni porque ver eso no era sano para mí. Me mandaste con él para que no estorbara el destino de los golpes al agarrarles las manos y los pies; me mandaste para que dejara de gritar. Me mandaste sin importarte que ese tío había estado dos veces en la cárcel, una en el tutelar y otra en una estatal. Una de ellas por robo; otra, por violación. Preferiste seguir peleando a pensar a qué me arriesgabas, con quién me mandabas. Ahora que tengo veintiocho años, aunque no soy madre, pienso que nunca permitiría eso con mi hija.

¿Te acuerdas de tu collar de perlas rojas? Tal vez no, yo ya no me acordaba hasta hace poco que, por accidente, tu hermano me enseñó el material que tenía mi abuelo para hacer arete y bisutería. Vi las perlas rojas y me acordé de todo al instante. Guardabas un hilo blanco de perlas rojas ensartadas en forma de collar. Siempre dijiste que era carísimo, lo guardaste como si fueran rubíes, pero decías que eran perlas. Un día lo sacaste, lo quería ver, lo jalé, lo rompí. Me pegaste, me gritaste, dijiste que era carísimo, que me pusiera a buscar las perlas, que no me levantaría hasta que las encontrara todas. Lloré toda la tarde. Ya no aguantaba la cabeza, tenía mucho frío; había buscado debajo de los sillones, de la cama, del ropero, no me levantaba del suelo, no encontraba todas, siempre faltaban...

Muchos años después, tu hermano me enseñaba bolsas de plástico, todas polvosas, y dentro de una de éstas, sacó varias “perlas rojas” iguales a las tuyas. Vio cómo me quedé mirando esas bolsas, creyó que me gustaron y dijo: “Si quieres, quedatelas m’ija. ¿Cuánto pueden valer? Muchas ya se están despintando”. De esas perlas rojas estaba hecho tu collar, pero a ti te gustaba torturarme, mamá.



Siempre tengo miedo, mamá. Siempre pienso que me va a pasar lo peor. Te juro, por mi hermanito que está muerto, que muchas veces en la cama le pregunto a Alberto si me va a ocurrir algo malo. Él me asegura que no, pero no le puedo creer. Estoy convencida de que algo muy malo ya viene. Siempre tengo miedo, siento que cosas malas van a pasar, que ya no se va a vender nada en el negocio y no tendremos dinero. Pienso que me enfermaré de cáncer; pienso que soy mala; pienso –desde niña– que hice algo malísimo, no sé qué, pero que algo o alguien me va a castigar y voy a padecer muchísimo. Pienso que, por mi culpa, mi perro chihuahueta se va a morir y lo voy a ver sufrir mucho. Pienso que algo malo le va a suceder a mi papá y que va a sufrir mucho por mi culpa. Pienso que me voy a poner más fea, más gorda, más celulítica y más arrugada, que me dará otra vez parálisis facial y se me deformará la cara. Pienso que algo malo va a pasar y terminaré en una cárcel horrible sin poder salir, encerrada para siempre y que haré sufrir a muchos; pienso que voy a llorar toda la vida; pienso mucho en que sufriré lo indecible y se gastará mucho dinero para quitarme los dolores y dejaré a todos pobres. Pienso en cómo matarme, pienso que no comprendo cómo he sobrevivido todo este tiempo. Pienso mucho en ti, mamá. Desde niña, muy chiquitita, pasaba noches sin dormir. Yo solita me repetía lo increíble que era que una niña de mi edad tuviera tantas preocupaciones. Me asustaba cómo sería de grande. Ya soy grande y es horrible, mamá. “Pareciera que la tierra es el infierno de otro planeta.”



Siempre tengo culpa. Me da mucha, mucha culpa que alguien haga algo bueno por mí. Me da mucha pena. No comprendo por qué hacen cosas buenas por mí, no sé cómo pagarlo. No encuentro forma de retribuir a la gente que tiene un buen gesto hacia mí o me hace un favor. Me da pena, me les escondo para que ya no

me vean, para que ya no me ayuden. Ver a los clientes frecuentes del local, me llena de vergüenza, quisiera que ya no me compraran nada, que se fueran, que no pagaran, devolverles el dinero. Me da pavor pensar en que alguna mercancía les salga mal, me escondo para no atenderlos. Cuando compran, les regalo cosas en agradecimiento, me incomoda muchísimo sentir la bondad de alguien para conmigo. Creo que deberían dársela a alguien más, yo no tengo con qué responderles y agradecerles.

Quién sabe cuál era mi destino. Siempre quise estudiar derecho, como mi papá; soñaba con poner un despacho con él. Defender a la gente se me hacía de alguien muy inteligente, grande e importante. Pasé sin problema el examen de admisión.

Me acompañaste un día a hacer trámites, me entregaron mi credencial de estudiante, la viste y dijiste que en la foto me veía más prieta y brillante de lo normal. Tenías razón, había salido asquerosamente horrible.

Fui el primer lunes de clases. Miraba y miraba mi foto en esa credencial. Todas las chavas eran hermosas, delgadísimas la mayoría, tenían ropa muy bonita, zapatos altos y eran muy guapas. Me dio muchísima pena estar ahí y que los demás me vieran. Era terrible tener que pararme junto a ellas en algún momento y que mi fealdad resaltara más. Miraba y miraba mi foto en la credencial. Yo era horrible. Comí muchísimo ese día. Pensaba y pensaba que al día siguiente ya no me quedaría nada de mi ropa y me vería más asquerosa.

Sólo fui un lunes, el primer día de clases. A mi carrera de cinco años asistí un día. Me encerré en la casa, ya no quise salir. Papá sólo veía y dejaba pasar como siempre. No pidió más explicaciones. Si yo ya no quería salir, estaba bien, no saldría. Un año completo lo pasé encerrada, no pisé la calle para nada, en absoluto. Estuve encerrada. No quería que nadie me viera, no quería que nadie viera mi fealdad. Pedía libros por internet que llegaban por paquetería. Lo pasé leyendo, engordando y pensando.

Pensaba y pensaba. Un día llegó mamá mientras yo pensaba. Estaba acostada, tapada de pies a cabeza. Pensaba en por qué estaba ahí toda marrana, echada, pudriéndome, de parásito, mientras todos mis compañeros estaban en clases, trabajando, viviendo. Siempre había adorado la escuela, me gustaban sólo los dieces. Fui de la escolta, cuadro de honor, directora de homenaje los lunes... De niña me desesperaba estar enferma y tener que faltar porque sentía que me atrasaría muchísimo. De eso, poco quedaba, estaba ahí echada rumiando, pudriéndome.

Como si nunca antes me hubiera dado cuenta de todo lo que había pasado, por primera vez dejé de verlo como si todo fuera normal. Lo que me había hecho y dicho mi mamá no lo era. Ni aun cuando fuera cierto lo que me decía, debió haberlo dicho, por lo menos no de esa manera. Debió de haber mostrado un poquito de amor, o de compasión por mí, que no podía defenderme, que intentaba protegerme repitiéndole que ella era muy bonita, que quería ganarme tantito amor escondiendo mi fealdad.

Pensé en eso, pensé en mi madre, pensé en mí. Pensé en la posibilidad de mí sin ella. Pensé en lo que era de mí con ella.

Entró al cuarto cuando yo pensaba en eso.

—¿Dónde estás? —preguntó.

Me puse de pie, la vi a la cara y dije:

—Eres una mierda —le respondí con mucha tranquilidad y aceptación.

Había sangre en mi boca: me abofeteó. Me salía sangre de la nariz. No recuerdo el dolor. Recuerdo la impotencia por el golpe. ¿Por qué me había pegado?, ¿qué no tenía razón?, ¿no era una mierda lo que me había hecho?, ¿no lo había sido ella conmigo? Me senté en la cama para detener la salida de sangre, con las rodillas recogidas y la espalda encorvada, tapándome la cara.

Ahí sentada, no dije ni hice nada más. Agachada la escuché. Gritaba a todo pulmón, decía que yo era una maldita, una desgraciada, una hija de mi puta madre (así, textual, varias veces). También

dijo que me maldecía como madre, que no sabía cómo, pero las maldiciones de una madre siempre llegaban, y a mí me iban a llegar. Dijo que me maldecía para toda mi vida: “Maldita seas”, decía cada que terminaba una oración. Dijo también que me iría mal, que me maldecía con todas sus ganas y sus fuerzas, que deseaba con todo su corazón que sufriera mucho toda la vida, que me llevara y me fuera a la chingada; que fuera muy desgraciada, que ojalá mis hijos me odieran y me pegaran, que me tocara un mal marido que me hiciera completamente infeliz para pagar por todo. Escuché muchas veces “desgraciada”, “maldita”, “púdrete”, “mona”, “infeliz”...

Tenías razón, mamá, quién sabe cómo, pero las maldiciones de una madre siempre llegan. Lo pagué todo, mamá. No soy feliz. No vivo, sobrevivo.

Venía llegando mi papá. Mi mamá le contó todo, enfurecida. Le dijo que me corriera de la casa, que me tenía que ir de ahí, que me largara ya, a donde fuera, que ya no me quería ver. Me dio mucho miedo. Mi papá intentó calmarla. Ella insistió hasta ser tajante:

–Se va ella o me voy yo.

–Pues vete –respondió mi papá.

Mamá se mudó al departamento de al lado que estaba vacío. Todo el día estuvo yendo y viniendo para sacar sus cosas.

Supongo que mi papá comprendía algo de mis razones. Jamás me defendió de lo que mi madre decía, pero lo veía todo. Supongo que por eso, cuando todo había pasado ya, ni siquiera me preguntó por qué le había dicho eso a mi madre, sólo me dejó estar ahí. No dijo ni preguntó nada al respecto nunca.



Mamá está enferma. Ahora del cuerpo, pero desde siempre de la mente. Ella siempre ha sido hermosa, los que le rodeamos no. Papá dice que se daba cuenta, pero que pensó que cambiaría al

casarse, luego que cambiaría al ser madre, luego con la edad... Mamá tiene cincuenta y un años y poco cambió, excepto en la "sutitidad" con la que ahora hace saber su desprecio. Hace poco mi papá fue a desayunar con ella, todo el tiempo se la pasó hablando de un supuesto jorobado que había visto en la tele. "Viejo feo -decía-, deforme jorobado, un asco de hombre, hasta da nervios y asco verlo." Todo su tema de conversación fue aquel personaje. Papá tiene la espalda ancha y curveada, ella siempre le ha dicho que está jorobado. De esas maneras "indirectas" es como ahora manifiesta su desprecio.

Cuando yo era pequeña y aún nos bañábamos los tres, escuché más de una vez cómo le decía que él era asqueroso, que literalmente lo había recogido de la basura, que su madre era una piruja, que vivían todos en un chiquero y de ahí lo había sacado. No en esos momentos, pero sí en otros, a veces, papá le pegaba a mi mamá.

Entre los golpes y las ofensas, no sé qué fue primero, mamá dice que lo trataba así porque él le pegaba; papá dice que a veces ya no podía más, que todo lo que mi mamá hacía, dejaba de hacer y decía, lo sacaba de sus casillas y por eso le pegaba. Supongo que jamás sabré qué fue primero, si es que algo fue primero. En realidad, no cambian mucho las cosas, pues a ninguno lo justifica.

Mamá se regodeaba humillándonos frente a los demás. Siempre que llegaban visitas, que eran pocas, contaba lo mismo. Como eran pocas, seguro a cada una le conto todo más de una vez. Contaba que le daba pena que sus hermanos le hicieran burla cuando mi papá la cortejaba, que mi padre era un hombre muy feo para ella. Que mi papá le lloró, le llevó serenatas, la llamó y la buscó durante un año pese a todos los desplantes y majaderías que ella le hacía. Que terminó diciendo: "Pues está muy feo para mí, pero pobre, me quiere, ni modo".

A todos les contaba que invariablemente quien la conocía le decía que mi papá era muy feo para ella (jamás le escuché eso a nadie), que cuando acompañaba a mi papá a su pueblo, allá le

decían que parecía una “señorita de México”, que se veía que ella no era de pueblo, que mi padre tenía mucha suerte, que cómo le había hecho para conseguirse una mujer tan hermosa, que a veces en la calle le gritaban a mi papá: “Hasta que te veo una con zapatos”, etcétera.

Cuando las visitas o los clientes de mi papá llegaban a la casa, yo tenía miedo y muchísima vergüenza. Invariablemente llegaría el momento en el que ella contaría todo eso, pero además terminaba diciendo: “Y, pues ni modo, ella –me señalaba– salió idéntica a su padre, él –su segundo hijo, el güerito–, salió a mí”. Las visitas volteaban a verme y yo me agachaba con miedo, pena y culpa.



–Tu padre es un desgraciado –siempre ha dicho–, me pegaba y no me dejó estudiar.

–¿Por qué no lo dejaste? –le pregunto.

–Lo amaba –responde.

Ante la evidente falsedad de su respuesta, la realidad me queda muy clara. Mamá no sabía a dónde ir. Dejó de estudiar un tiempo después de la preparatoria, después entró a la universidad. Entró a una ingeniería, no le gustó. Cambió a Contaduría, no le gustó, se iba a cambiar a Derecho. Antes de hacerlo se embarazó.

Ella vivía en Puebla con una amiga mucho mayor que le servía de tapadera ante mi abuelo, cuando mi mamá pasaba las noches con mi papá. Hace poco conocí a esa amiga. Recientemente mi mamá fue a visitarla unos días a Veracruz. Regresó diciendo que las hijas de su amiga eran hermosísimas y las mejores del mundo. Que una le ayudaba en todo a su madre, que ni siquiera la dejaba trabajar, que en la cocina económica que tenían, una hija cargaba las cazuelas y hasta los tanques de gas para evitarle toda fatiga a la madre; la segunda era un ejemplo de belleza que se había casado con un ingeniero petrolero con muchísimo dinero.

Rocío, esa amiga de mi madre, le devolvió la visita meses después. Fue entonces cuando la conocí, después de escuchar más de veinte años sobre ella. Mamá pasó muchísimo tiempo de su vida, y de mi vida, hablándome de esa amiga suya y de ella misma. Contaba que cuando eran jóvenes y caminaban por la universidad, por los pasillos se escuchaban los chiflidos para ellas dos; que eran muy asediadas y tenían muchísimos amigos hombres con los que se iban a la laguna de Valsequillo a tomar cerveza; que siempre andaban en pantalones entallados que dejaban ver su cuerpazo, envidiado por todas las de su salón, y acepta, incluso, que Rocío era más hermosa que ella, y que todos los hombres se desvivían por siquiera una mirada de cualquiera de las dos; que cuando llegaban tarde a clase, muchos hombres se levantaban ofreciéndoles el asiento.

Esa mujer tan hermosa, compañera de fiesta de mi mamá, estaba ahí en el departamento de al lado –donde se había mudado mi mamá–, devolviéndole la visita. Esa mujer de más de 1.70, de descomunales medidas y de belleza increíble, había pedido conocerme. Yo tenía veinticinco años. Mamá me llamó para que fuera a conocerla y saludarla. Me sentí más fea y chiquita que nunca. Tenía pavor de tener la absoluta belleza enfrente, tenía pavor de contrastar en todo con ella y, sobre todo, de que mi mamá lo resaltara otra vez. Alberto y yo aún no vivíamos juntos, pero él estaba en mi casa de visita y me iba a acompañar a conocer a esa amiga de mi madre. No podría ser peor el escenario. Me toparía con una mujer de más de cincuenta y cinco años, pero con una belleza y juventud infinitamente superior a la mía y todo eso frente a mi novio. Con todo mi miedo encima, entramos.

Dos mujeres estaban sentadas frente a mi madre. La mayor tuvo mucha dificultad e intentos fallidos para ponerse de pie. Sudaba demasiado. Le calculé ciento diez kilos de peso, Alberto, ciento veinte. La que estaba a su lado –su hija– se levantó con más agilidad, únicamente por la diferencia de edad, pero con un peso muy similar. A ninguna le miré las proporciones de unas caderas

enormes para la brevísima cintura que contaba mi mamá. A ninguna le miré la belleza que tanto padecí a través de los labios de mi madre tantos y tantos años. A la hija no le pude ver la belleza de la esposa de un petrolero acaudalado. Sentí otra vez dolor por las torturas de mi madre. Cuando se fueron, mamá se excusó: “Se han descuidado muchísimo, pero puedes preguntarles a tus tías sobre Rocío. Ellas la conocieron, era hermosísima de joven, tenía un cuerpazo. Cuando caminábamos juntas por los pasillos de la universidad, por todos lados se oían chiflidos; cuando llegábamos tarde a clase, los hombres se peleaban por darnos el asiento, cuando... cuando... cuando...”



Cuando vivía con esa amiga, mamá se embarazó. Regresó a su casa para casarse por el embarazo. De casa de mis abuelos se fue con el pretexto de no perder tanto tiempo al día yendo y viniendo, pues la universidad le quedaba lejos. Ése era un lujo que sólo podían darse sus hermanas, aunque estudiaran en el mismo lugar, ella no podía porque se dedicaría a estudiar con más ahínco. La realidad era que, hacía varios meses, mi mamá no le hablaba a su mamá.

Mi madre odia a su madre. Mi abuela la soporta muy poco. Recientemente, empezó a llamar “María Teresa” a mi abuela, ni siquiera Mayté, como otros le dicen de cariño. Con su acostumbrada mueca de boca torcida, mi mamá dice que ella no le ve nada de malo a tutear por el nombre de pila a su mamá, que así como de niña quisieron obligarla a hablarle de usted, y ella acostumbró a sus hermanos a tutear a sus padres, ahora ya eran otros tiempos y podía hablársele por su nombre. Cuando mi madre le grita a mi abuela: “¡María Teresa! ¿dónde estás?” Mi abuela no contesta, sólo se mira su contenido coraje.

En estos tiempos mi mamá se habla con su mamá, aunque de manera siempre muy tensa. Esa misma tensión la vive mi mamá

con casi todos en su familia. No les habla o apenas si les dirige la palabra cortantemente a siete de diez de las personas de su familia con las que convive a diario.

–Si mi papá te daba tan mala vida, y tú te habías casado porque estabas embarazada, pero mi hermanito murió, ¿por qué no dejaste a mi papá?

–Lo amaba –insiste.

Creo que la realidad era otra. Recuerdo que las dos pasábamos muchas horas acostadas viendo las telenovelas y programas matutinos en vacaciones, sabiendo que mi papá traería algo de comer y sólo había que esperarlo. Regresar con sus padres hubiera implicado que nuestra vida cambiara. El negocio de mis abuelos se abre a las nueve, así que todos se levantan a las siete a limpiar la casa, hacer el desayuno, prepararse para el día. Mientras eso sucedía, nosotras podíamos descansar todo lo deseado.

Cuando yo tenía como doce años, acostumbraba de tiempo atrás guardar lo que me sobrara de mi dinero para gastar en la escuela, lo que me dieran para la tienda y cualquier moneda que cayera en mis manos. Mamá decidió comprar mercancía para venderla en el negocio de mi abuelo. Juntó lo que yo tenía con lo que ella había guardado. La proporción era de treinta por ciento mío y setenta suyo. Comenzó a vender su mercancía. Cinco años después me dio una cantidad que no tengo memoria en qué usé. Me aclaró que quería seguir con el negocio, pero sola, así que me daría mi parte “con mi crecimiento” y el negocio sería sólo suyo. Así fue, me dio el dinero y ella siguió por su cuenta. Actualmente, su mercancía se empieza a vender a las nueve de la mañana, cuando mi abuelo llega a abrir, aunque ella llegue a la una o dos de la tarde. Se cierra la venta a las nueve de la noche, cuando el negocio cierra, aunque ella se haya ido a las seis o siete de la tarde porque siente frío en su espalda.

Mamá tiene una hernia discal poquito arriba de la cintura. Me cuesta trabajo creerle los dolores tan fuertes que le dan. Le han

dado terapias que incluyen láser, ultrasonido, calor y frío junto con masajes. Le inyectan relajante muscular, complejo B y Sinergix. Siento culpa cuando la veo con dolores que hacen que se tome la mitad de una pastilla de Diazepam para poder, por lo menos, dormir y dejar de sentir. Siento culpa porque no me da pesar por ella, la compadezco sin amor, siento pena por su dolor, pero ni tantito cerca de como debería sentirlo por una madre.

Cuando estaba en la preparatoria, la internamos una semana por sus dolores. Esa semana la pasé con ella. Me levantaba a las seis para bañarme, ahí en el hospital, me ponía el uniforme y me iba a la escuela. Al salir me regresaba al hospital. En esa semana sólo la visitó un día, menos de media hora, mi hermano, pero ver a su hijo *güerito* la puso muy contenta.

Creo que esa hernia tiene que ver con una factura de belleza. Mamá siempre miraba en la calle mujeres con “panzas volteadas”, pero desde que tengo uso de razón, se preocupó por usar, comparar y almacenar “shorts faja”. Buscaba que le presionaran desde la rodilla, hasta la cintura. Si le recomendaban la talla grande, compraba la mediana. Siempre revisaba que la *lycra* fuera muy apretada y dura. Las pretinas de las fajas le daban a la cintura y le dejaron gruesas marcas negras o demasiado grises justo en la cintura. Ya no las usa, pero cuando me enseñó dónde estaba su hernia, justo debajo de donde me mostró con su dedo, están las marcas de sus fajas. A veces tengo la impresión de que la presión diaria de tantos años le provocó esa hernia en la espalda.



Papá dice que mi abuelo pronto morirá. Él cobijó en su negocio a sus otras dos hijas y a un hijo. Ellos, sus hijos y mi madre, venden mercancías en ese local. Exceptuando a mi abuelo, mamá no le habla a la mayoría de las personas que están ahí. A los que les habla, lo hace con mucha tensión. Estar ahí es respirar indirectas,

agresiones e incomodidad. Papá dice que cuando mi abuelo ya no esté, a la primera que sacarán de ahí será a ella. Mamá siempre llega tarde, después de que ya se trapeó, sacudió y limpió la mercancía.

Mi papá dice que mi mamá no se puede quedar sola cuando mi abuelo muera, que tendrá que buscar dónde vender su mercancía, que yo tengo un local y que, seguramente, me buscará. Mi hermano hace unos días dejó entrever que él no la mantendrá, que “la ayudará en la medida de sus posibilidades”, pero hasta ahí. “Y, pues es tu madre –dijo–. No la puedes dejar sola.” Pienso en eso...

Pienso en ella y la imagino diciéndole a alguna hija mía “gorda botija”, pienso en ella no queriendo ayudar en el negocio y durmiendo en mi casa todo el día, pienso en ella sin verla como mamá, pienso en ella y no siento mucho amor, ni muchos instintos de protección.

Alberto también piensa en eso y me ha dicho que no le gustaría tenerla con nosotros. Alberto y yo nunca nos casamos, tal vez un día se vaya o yo me vaya, pienso que debo resolver para mí, con o sin él, el tema de mi mamá, así como el de mi maternidad. Igual que por el matrimonio, él jamás ha mostrado tampoco genuino interés en que seamos padres. Habla de un posible hijo como algo abstracto y muy lejano, como una posibilidad de cualquier otra persona fértil, pero no precisamente en nuestra posibilidad deseada. Pienso mucho en ello, pero como desde hace un tiempo no hay lazos de pertenencia de “nosotros” entre él y yo, pienso en mi maternidad a través de la adopción.

Un sábado regresé del centro del D.F. con mercancía. Siempre me voy temprano, regreso noche. Tenía muchísima hambre, Alberto fue por mí a la terminal. Fuimos por pizza a un Domino's. Al local entró un niño vendiendo rosas. Siempre llego después de las nueve de la noche, así que entré a dejar la mercancía, hacer cuentas y revisar lo que compré, estábamos cenando cerca de las once. Ese niño, de unos cinco años, junto con los que creo son sus

hermanitos, venden a muy altas horas de la noche. Van a puestos de tacos o adonde vean gente. Los he visto empapados vendiendo mientras llueve, con sus ropitas muy viejitas y temblando de frío mientras te ofrecen sus ramos. Son varios y los reparten por la ciudad. Uno de esos niños se acercó a ofrecernos sus rosas. Cuando se fue, le pregunté a Alberto si en lugar de tener hijos, lo cual en estos tiempos puede parecer envidioso, no sería más bondadoso y edificante adoptar. Le dije que me gustaría tomar a ese niño y cargarlo, decirle que ya va a tener mamá, que ya no se preocupe, que ya va a cenar, que lo voy a llevar a bañar con agua calentita y se va a poder acostar a dormir, que ya no va a tener que cansarse ni trabajar, que podrá jugar y ser feliz porque tendrá quien lo cuide y vea por él. Alberto dijo tajantemente que no, que adoptar no. Que no me preocupara, que seguramente sus padres lo estaban mirando desde algún lugar, cuidándolo mientras vendía.

Hace unos días salíamos de un Oxxo, por la mañana, y pasamos por una peluquería viejísima donde venden periódicos y revistas. El periódico de nota roja de mi pueblo tenía en primera plana la foto de una niña en cuclillas tapándose los ojos. El encabezado decía algo así como “Atraparon a los violadores”. Sobre la foto de la niña explicaban: “El grupo de encapuchados que raptó y violó a una niña que vendía rosas por las noches, ya fue detenido”. Seguramente era “hermanita” de ese niño que nos encontramos en la pizzería.

“Yo podría adoptar. Deberíamos adoptar”, le repito frente al periódico, Alberto remarca que no. Pienso que ya no le incumbe, que esto ya se acabó hace algún tiempo. Que sólo nos falta vivir separados de nuevo. Hace días que ya no lo “castigo con mi fealdad” ya no me importa si mira a otras o no, voy regresando a mi peso. Cuando lo miro decirle “adioooooos”, con esa “o” tan prolongada a alguna de las clientas que llega, ya no siento ninguna relación con él más que de amigos o socios, ya no tengo necesidad de odiarlo ni de vengarme de él.



Me retumba en la cabeza: “Tu mamá buscará dónde vender su mercancía o con quién estar”. La imagino ofendiendo a mi hija, adoptada o parida. La imagino enseñándole sus cánones de belleza, criticándola y confrontándola en el espejo. Me lleno de angustia y miedo. No la quiero conmigo, pero me preocupa qué será de mi madre en su soledad; no la quiero sola, pero tampoco conmigo.

Mi abuelo en su testamento le deja el departamento en el que vive; casa tiene asegurada. Mi papá me dice “que, ni modo, que es mi madre y, haya sido como haya sido, le debo respeto y atención”, pero creo que para él atención significa “amor”, eso me cuesta. Le aclaré que si hay que darle algo, se lo daré, y si hay que llevarle algo, se lo llevaré, pero él me aclara, aún más, que se refiere a que me tengo que hacer cargo de ella. Que está enferma, envejece y no puede estar sola. Papá tampoco disfruta mucho tener algún trabajo o quehacer. Jamás dice: “Entre los dos veremos por ella” o “entre tu hermano, tú y yo veremos por ella”. Sólo dice: “Te vas a tener que hacer responsable de ella, si no, soy capaz de demandarte por abandono de persona. Es tu madre y, haya sido como haya sido, es tu responsabilidad”, repite. Pienso mucho en ello. Trato de verla poco, lo menos posible ahora que es joven y no estamos en el escenario que ve mi papá para la futura vejez de mi mamá. Pienso en ella y no deseo tenerla de nuevo conmigo todo el tiempo.

Mamá es muy fina para encontrar la manera “delicada” y “velada” de hacer sentir mal al otro de alguna forma. Todo es motivo de ofensa:

–Me hicieron el pánico laou –le cuento–, no me dolió tanto como me contabas que te dolía, mamá. Tenía mucho miedo, me acordaba que cuando te lo hacían, todo el día te quedabas acostada porque no podías caminar de lo lastimada que te dejaban. Pensaba, antes de entrar al estudio, que, como tú, iba a pedir el

“espejo para señoritas”. Aunque usabas ése, tu hermano te ofrecía subirte cargando las escaleras porque ni podías separar las piernas de lo maltratado que te dejaban todo. Pero a mí no me dolió nada más que un líquido que me pusieron que ardía mucho –le aclaro.

–Pues es que hay de señoras a señoras –me responde–. Siempre he sido estrecha, chiquita, tú debes estar bien abierta.

Pasé días con miedo y con toda la pena posible. Yo tenía vagina de elefanta y no me había dado cuenta. Seguramente a Alberto le daba pena decirme.

Últimamente cuento los días que pasan porque eso quiere decir que se está yendo el año, que se está yendo la vida; cada día que pasa es un día menos. Me gustan las horas que duermo, porque eso significa que ya me quedan menos horas para vivir. La vida hace mucho ya no me suscita expectativas. Pienso que me estoy pudriendo, que me echo a perder.

No me compré una cabaña en la montaña, como decía Ernesto, para esconderme, pero establecí un negocio donde meterme todo el día, para ocultarme de las miradas. Me labré un espacio donde poder ver tele todo el día, en lo que llega el cliente, para que se me pudra el cerebro, que lastima mucho cuando piensa.

Jamás he dejado de autovengarme por ser tan fea. Nunca he podido perdonarme. De niña me lastimaba mordiéndome y golpeándome en la cabeza para no sentir, ahora me adormezco viendo la tele que tanto odiaba, que es exactamente lo mismo.

A mí me gustaba vivir de mi cabeza, producir, escribir, parir ideas; me gustaban las cámaras, trabajé para cámaras locales, incluso grabé un piloto para un canal internacional. Todo iba bien hasta que me entró la terrible idea de que el productor me contrataba para su piloto por lástima, me contrataba porque éramos amigos, me contrataba pese a que, con una chava que sí fuera guapa, podría asegurar su proyecto y su dinero. Yo le hacía un mal estando ahí, él no sabía cómo correrme. Dijo que como el programa era para migrantes, necesitaba a alguien con rasgos

mexicanos, pero los míos eran muy mexicanos, pensaba. Si yo quería o apreciaba en algo a ese productor, amigo mío, debería irme de la forma más definitiva.

Aproveché que no sabía dónde vivía. A la mitad de las grabaciones le mandé un mensaje de texto donde le decía que ya no iría más a grabar, que lo sentía mucho, que eso no era lo mío, que no tenía la belleza que podría funcionarle. Lo envié y apagué ese teléfono para siempre. Cinco años después, el productor me encontró por internet, incluso volvimos a vernos. Jamás me reclamó nada, ni siquiera lo mencionó; me abrazó, fuimos a comer con otros amigos. Antes de irme, me aclaró que seríamos amigos siempre que yo quisiera, que no había pasado nada malo entre nosotros. Él me perdonó, era bueno conmigo, yo no tenía con qué pagarle tanta bondad. Decidí dejar de verlo para siempre por vergüenza.

Cuando terminé la universidad, di clases y adoraba dejar tareas atrevidas a mis alumnos. Me encantaba decir “soy catedrática”, “soy académica”. Me gustaba ver la cara de asombro de mis maestros en el posgrado, que también abandoné; me encantaba mi boleta de maestría con sólo dieces; me encantaba tener salón lleno en mis clases; saboreaba con mucho placer caminar por la universidad en la que estudié, ahora dando cátedra. A veces mis alumnos me escriben correos, o me mandan mensajes, elogian mucho mis clases. Recuerdo mi gusto al enterarme de que los grupos reunían firmas para que yo les volviera a dar clases en el siguiente ciclo.

El otro día papá trajo un cuento corto que me publicó la BBC de Londres en un concurso de su página de internet. El premio era la publicación, y cuando lo publicaron, papá lo imprimió.

–Escribías bien –dijo mientras me mostraba las hojas–, ¿ya no lo haces?

–Ya ni siquiera leo –le respondo.

Tengo muchos guiones en los cajones de la vitrina de la casa de mi papá. Quería vivir de mi cabeza, de mis creaciones, de mi

inteligencia. De todos lados huyo por pena, por fea; porque no comprendo que alguien me ayude, porque no soporto ver que me vaya bien, que progreso. De todos lados me voy porque siempre me autoboicoteo, porque no me perdono tanta fealdad, gordura, ser asquerosa. Ser una maldita, como bien dijo mi madre. Porque me avergüenza que alguien haga algo bueno por mí, porque siento pena por el reconocimiento, por la exhibición de mi ser, porque no me merezco lo bueno que me pasa, porque es mejor dejar las cosas en su mejor momento, pues, invariablemente, algo malo pasará y mejor lo dejo antes de que eso pase o antes de que me exhiban y todos puedan ver mi ser.

Quiero irme, quiero irme de la vida. Creo que a las preguntas de “¿quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos?”, le falta algo: el “¿para qué?” Es decir, a bote pronto, cuando a Alberto le pregunto: ¿para que la vida?, él responde que para ser felices, y yo le pregunto: ¿para qué ser felices? Es decir, cuando todo acabe, en el caso de que haya sido feliz yo, tú, el mundo entero, ¿para qué?, ¿para qué cuando todo se acabe? ¿TENEMOS SENTIDO? ¿TIENE SENTIDO EL UNIVERSO? ¿Para qué sirve ser feliz? ¿Para qué el universo, para qué las cosas? ¿Para qué toda la materia, toda la existencia? Suponiendo que ya sabemos quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos, ¿qué con eso? ¿Para qué?, ¿para qué ir allá? Al final de los tiempos, ¿para qué? Felices o infelices, ¿para qué? ¿Cuál fue o es el sentido del universo?

No adopto porque no quiero ser madre y que mi hija escriba lo infeliz que fue a mi lado, como yo lo hago ahora. Tengo miedo de eso. No quiero, consciente o inconscientemente, decirle que es bella o no lo es, no quiero lastimarla, o lastimarlo si es niño. No quiero arrastrar a más gente con mi infelicidad. La infelicidad se contagia, la contagio, la propago, la infecto, arruino a los otros. Alberto es infeliz, así como todo el que se cruza conmigo. Mientras siga aquí, me encierro y encapsulo todo dentro de mí. Soy triste, enojona y muy fea por dentro. A veces siento que, en

esencia, soy mala. Alguna vez una terapeuta gestaltista platicaba conmigo. Yo tenía un problema y tenía mucho miedo. Dijo que me percibía abandonada. Le dije que desde chica yo resolvía todo sola y así era. Por ejemplo, ante mis libros mal forrados, en la primaria, argumentaba que yo lo había hecho sola porque era una niña muy independiente; lo cierto es que estaba sola siempre. Mi padre dice que siempre me dejó sola, que no me ayudaba en mis tareas, que no se preocupaba porque siempre demostré ser fuerte y muy madura para mi edad. Que siempre salía adelante sola. En realidad, siempre necesité ayuda que no había y tuve que hacerme cargo. Cada quien estaba ocupado en sus problemas, y cuando yo levantaba la mano para que me vieran, salía perdiendo, pues cuando mis padres volteaban a verme, dejaban de mirarse entre ellos y entonces el problema era yo.

La gestaltista que me escuchaba se sentó en el suelo, me llamó a ella y me acunó en sus brazos como si yo fuera una niña. La realidad es que ni yo era niña ni ella era mi madre; nada de lo que ahí pasaba me aliviaba el hambre de amor materno ni le daba tranquilidad a mi vida. Era un acunado tan frío como el metal.

Escribo este texto porque ayer tuve ganas de ya no sufrir, de llorar mucho, de llorar por toda mi vida. Ayer tuve ganas de escribir otra vez. Hoy escribo de mí. No escribo para las hijas feas que están en mi caso, escribo para las mamás que no fueron suficientemente hermosas, suficientemente exitosas, suficientemente bellas, y que se quedaron con ganas de serlo, pero en sus hijas ven un espejo de sí mismas, ideal para odiar en lugar de odiarse. Escribo para ellas, para explicarles cuánto nos pueden destruir a las hijas, cuánto nos pueden condenar a ser infelices en la única oportunidad que tenemos para vivir. Escribo para esas mamás cuyos comentarios a sus hijas son despiadados y que, por desgracia, suelen ser muy comunes. Escribo para las mujeres que suelen ser el peor enemigo para las propias mujeres, y también para las madres que son el enemigo, queriendo o no, de sus hijas.

Mamá pregona por doquier que no le hablo, pero no les dice que le he pedido que me perdone, pero que ya no quiero ser infeliz, que por eso no la busco.

Cuando quería tomar valor en la vida, me repetía que era muy fuerte porque había logrado, quién sabe cómo, sobrevivir a mi madre. Lo que no sabía es que, a veces, cuando se gana, se pierde, pero hoy quiero volver a ganar.

Le he dicho que ya no quiero sobrellevarla, que quiero llorar mucho, acariciar mi dolor para despedirme de lo único con lo que he convivido toda mi vida, pero aunque me ha acompañado siempre, no me deja ser feliz. Mamá dice que no le hablo y lo pregona por doquier, pero ya le expliqué que en cuanto termine este texto, quisiera dejar de sobrevivir para comenzar a vivir.